

“CLIMA POÉTICO”

Santiago Sylvester

La poesía es una buena herramienta para acercarse a una época. O, al revés, toda época tiene siempre resonancia en la poesía. Época y poesía se corresponden; y estos días no son seguramente una excepción.

Terminada la etapa de la modernidad, incluso lo que a falta de mejor nomenclatura se conoce como posmodernidad (aunque reconozco que para estos nombres yo vivo distraído), es evidente que estamos en una época marcada por el vértigo de las modificaciones. Son visibles, y hasta obsesivos, los cambios tecnológicos, las variaciones en las costumbres, las reivindicaciones urgentes y la intensidad de los debates; y desde luego, se supone que esos cambios impactarán (o ya lo han hecho) en la materia poética.

La pregunta consiguiente sería, entonces, cuál es la dirección del cambio poético, cómo se refleja en la poesía una época en la que nada se está quieto y hasta lo más reciente está en riesgo de caducidad.

Roland Barthes opinó alguna vez que ser moderno consiste en reconocer que hay cosas que ya no se pueden hacer. Se refería al arte en general, y con esa opinión descartaba lo que consideraba perimido por el tiempo histórico. Referido a la poesía, podía entenderse que el código de “lugares comunes”, con sus comillas bien visibles, había sido apartado por haberse repetido hasta el hartazgo. Por ejemplo, la falsa profundidad de frases retumbantes, cuando no son sino hinchazón retórica, o una concepción de belleza cursi, un poco evanescente. También parecía en retirada la acumulación farragosa de metáforas, o lo que denuncia aquel aforismo que dice “si no tiene qué decir, dígallo largo”; y se podría confeccionar un catálogo de recursos que ningún poeta hubiera caído en la tentación de usar. Pareciera, sin embargo, que todo esto hubiera vuelto, o irrumpe cada tanto, como si el momento actual les diera otra valoración. Al menos es la conclusión a la que se podría llegar poniendo atención en lo que circula por las lecturas públicas, los festivales, o gran parte del material que difunden las redes.

Lo que encuentro en abundancia en estos días es una versión que podría denominarse “clima poético”, cuyas características lo muestran como una estrategia que tiende al efectismo. Y si ahora me interesa ocuparme de este fenómeno es precisamente por su reiteración, aunque deba aclarar que, por supuesto, también existe poesía de la buena: lo que está en esta categoría, al menos en mi consideración.

No siempre es fácil distinguir entre poesía y “clima poético”; del mismo modo que no siempre es fácil distinguir un original de su copia; pero por ajustada que esté al original, la diferencia se termina notando.

En el “clima poético” repican con mucha evidencia las consignas de los talleres literarios, con su carga de soluciones y estrategias más o menos comunes, y está propiciado, en gran medida, por las lecturas públicas, festivales, y por eso más genérico que es la cultura del espectáculo. El poeta probó el escenario y le gustó; y seguramente tiene razón, por la dificultad de encontrar lectores, sobre todo “lectores lentos” (como pedía Nietzsche) en un tiempo apresurado; pero el problema surge cuando se puede comprobar muchas veces que hay resultados no queridos de algo bueno. Porque la apertura hacia la sociedad, que le permite presencia pública y difusión a sus trabajos, se degrada en una especie de astucia cuando lo que importa es instalar en el auditorio un “personaje” más que un poema. Esto ocurre cuando se confunde destino con éxito.

En una conferencia de hace algunos años, Humberto Eco llamaba “carnavalización” a la necesidad de espectáculo que, en muchos aspectos, se ha hecho cargo de la sociedad actual. Como analiza Eco, hay pruebas suficientes para pensar que la política, la prensa, los protagonistas del deporte, incluso expresiones del culto religioso, se sienten cómodos en esa exhibición. Afortunadamente, siempre hay contrapeso, siempre aparece el que opina lo contrario y dice “no” donde abunda el “sí”; sin embargo, el hecho existe, es potente y afecta con su atracción y sus desvíos.

Pero es necesario aclarar algunas cuestiones antes de seguir.

Una, que el espectáculo y su cultura son importantes; y su existencia, una necesidad: cumplen un papel genuino, valorado y ampliamente utilizado en la sociedad. No es contra ellos el cuestionamiento, ni tampoco contra la poesía que deliberadamente se presenta como espectáculo (por ejemplo, la “performance”, a la que en todo caso habrá que juzgar por su calidad), sino contra la apariencia, que

no busca una creación artística sino una llegada superficial y rápida. Lo que se cuestiona es una desviación, una versión deformada de la cultura del espectáculo. También Eco, en su conferencia, mencionaba el aspecto lúdico de la escena como una necesidad; el problema es cuando está mal situado y se impone donde no debe estarlo.

Otra cuestión a considerar es que la poesía tuvo, como se recuerda siempre, un origen oral; sin embargo, aquella oralidad originaria ha quedado tan lejos de nosotros como la medicina originaria, que estaba en manos de brujos y chamanes, o los viajes de otro tiempo, cuando para llegar a Europa había que construir una balsa y viajar unos cuantos meses. El “clima poético” no tiene la misma génesis: no proviene de la oralidad originaria, ni de la juglaresca, ni de la recitación de todos los tiempos, sino de una distorsión contemporánea: no es poesía para el oído sino para el aplauso; lo que busca se parece mucho al espejo mundano del triunfador social.

Y todavía hay otra cuestión que es necesario aclarar: aquí no se habla de lo que, lisa y llanamente, podría considerarse como mala poesía, o de lo que con más agudeza Auden denominó “poesía en general” (es decir, la que carece de algo propio que la caracterice), sino de una estrategia para congraciarse con el público, al que halaga. No se trata, entonces, de un poeta que no da en el blanco porque no puede (si puede, o no, merece otro análisis), sino porque ha modificado su objetivo.

¿Y cuáles serían las características de este hecho, lo que lo distingue y facilita su comprobación? Intentando un enunciado, señalo algunas.

En primer lugar, sabemos que la poesía (la que importa) pretende, hasta por respeto de su etimología, algo que no conocíamos, o que al menos sugiera una novedad: quiere revelar otra cara de lo que conocemos o decirlo de una manera renovada, algo que finalmente pueda considerarse como “poiesis” o creación. El “clima poético” opera a la inversa: le da al auditorio lo que el auditorio ya conoce o acepta sin dificultad, incluso lo que pide. Son operaciones opuestas: el creador genuino quiere influir en su lector o en su auditorio, sin reparar en la eventual dificultad; mientras que el artífice del “clima poético” busca aceptación inmediata y actúa en consecuencia. Hay calidades distintas, como hay copias notables y burdas, pero la desviación existe y termina siendo visible. Y esto se debe también,

desde luego, a que gran parte del público reclama el aspecto efectista de la poesía, lo sonoro y gestual, y es eso lo que más termina recibiendo.

Corresponde mencionar aquí, ya que también es causa de lo que expongo, el escaso tiempo que se dedica a la lectura y la reflexión de la poesía: posiblemente siempre ha sido así, pero hoy sucede entre los que se supone interesados, asisten a lecturas, y hasta en los poetas. Y los talleres literarios, que a veces se autodenominan clínicas, como si fueran conscientes de alguna dolencia, no propician la lectura de calado sino la mera técnica, un “hágalo que usted puede”, con la solución del entusiasmo en reemplazo del conocimiento.

Luego hay que hablar de los materiales. La poesía trabaja con rejuvenecimientos, cada tanto quiere dar una renovación, mientras que el “clima poético” exhibe retazos conocidos, utiliza lo ya usado, referencias obvias, el prestigio del énfasis, y pretende que parezca novedoso lo que está desactivado: un conjunto sin exigencia que asegura adhesión emocional. Un bocado previamente digerido. Se puede recordar que Valéry desconfiaba de la poesía que no le ofrecía alguna dificultad, por la falta de sorpresa y de creatividad.

Cada tanto, la historia de la poesía necesita crear nuevos lectores. Garcilaso y Boscán produjeron, con el endecasílabo italiano, un sacudón en habla castellana, y apareció un nuevo lector que dura hasta hoy; Eliot, a su vez, necesitó que su lector estuviera en condiciones de entender el collage, o una estructura que no responda necesariamente a una unidad de acción, y desde entonces todos somos, cada uno a su manera, sus deudores. El poeta “climador” actúa al revés: no quiere dar trabajo sino adecuarse a lo que se le reclama. Por supuesto, no es fácil, ni común, que un poeta cree nuevos lectores; para eso se requiere condiciones especiales, e incluso estar en el lugar y en el momento adecuados; pero el nudo del problema no está ahí, sino en que el poeta no debe rechazar esa posibilidad, forma parte de las necesidades del propio oficio.

A mediados del siglo XIX cundió en Inglaterra una expresión que se adapta a lo que estoy exponiendo. John Ruskin habló de “pathetic fallacy” para criticar algunas exageraciones específicas del Romanticismo. Esta expresión describe bien los excesos del efectismo actual, que son falaces y que a veces llega al tremendismo, para producir efectos que sugieren profundidad y que son puramente acústicos. “Ventriloquía trascendental” la llamó Lichtenberg, el aforista alemán del

siglo XVIII, y Wallace Stevens, a mediados del XX, lo percibió en uno de sus adagios: “No es lo mismo tener algo para decir que no tener nada para decir y decirlo dramáticamente”. Como se ve, tiene presencia antigua, y hoy aparece renovado.

A esto hay que sumar algo fundamental: el tema tratado está demasiadas veces en el inventario de lo que está de moda. Se puede advertir que las reivindicaciones más justas y válidas de los últimos tiempos (feminismo, sexualidad, ecología, pueblos originarios, etc.) están siendo rápidamente convertidas en lugares comunes de la poesía. Hoy, esas reivindicaciones, que siguen siendo fundamentales, están frecuentemente tratadas con la comodidad de un tópico: golpe emotivo y resultado fácil. Los asuntos de la época suelen ser polémicos; siempre hay confrontación, con argumentos y esfuerzo, y con el riesgo conocido que corre el mensajero; mientras que los temas de moda están usados con la autosatisfacción del que se sitúa en “el lado bueno”, y con la inercia de lo que se conoce como “políticamente correcto”. Y esto, al menos en poesía, en arte en general, es enteramente otra cosa.

Otra variante que vengo observando es la utilización más bien artificiosa de productos regionales. No hablo, por supuesto, de las referencias que tienen la función de dotar de raíces al poema, de darle pertenencia. Grandes poetas utilizan este registro: por ejemplo, lo que se llamó “literatura de la tierra”, con huella fecunda en toda Latinoamérica. Pero cuando no se trata de una necesidad sino de decoración, se nota lo superfluo del despliegue. Hay casos extremos en los que pareciera que el poeta consiguió un catálogo de flora y fauna y lo distribuye sin piedad en sus poemas; y el efecto logrado se parece al de los objetos destinados al turismo. Es el momento de recordar aquella auto-rectificación de Borges en una situación remotamente comparable, cuando decidió abandonar los recursos de una temática local, de barrio porteño, y dijo con un giro infalible: “quise ser argentino olvidando que ya lo era”.

Y, desde luego, destaca la recitación retumbante, con modulación de voz, a partir de la comprobación de que el efecto acústico sugiere envergadura, aunque deambule por varios asuntos sin aterrizar en ninguno. El espectáculo en reemplazo de la lectura: algo que tal vez llegó para quedarse.

Hay que decir, sin embargo, que vengo exponiendo un fenómeno que forma parte de la contemporaneidad, y que, como ocurre cuando se opina sobre el presente, el tiempo no ha hecho todavía su criba. Sabemos

que, casi todo lo que sucede, trae algo que termina quedando, algo que tiene hambre de futuro. No es raro entonces que ese bullicio tenga una cara útil, algo que reclamará su reconocimiento. Así ha trabajado siempre la humanidad, seleccionado y descartando, buscando renovación y cambio. Si en lo que vengo llamando “clima poético” hay algo perdurable, será ése el margen de beneficio que aportará.

Esta época, mezclada como todas, es apasionante e intensa; a la par de las propuestas de calidad y conocimiento, recordemos que Castoriadis teorizó hace algún tiempo sobre el “avance de la insignificancia”. La cara con su contracara, y ya llegarán sin duda las explicaciones (sobre todo las justificaciones); pero lo que este análisis intenta es una valoración y, tal vez sobre todo, ventilar el hartazgo que me produce esta estrategia, además de la conclusión de que no es lo mismo producir un hecho estético (un poema) que “climar” una apariencia.